

Pero, ya al segundo día, Felipe quiso trabajar, y se encargó de dirigir ciertas faenas y vigilar las operaciones de embarque de mercancías.

Pasó un año, y una noche, llegando á casa del jardinero Ayasse, creyó ver detrás de sí á un hombre alto y seco, que le seguía desde el puerto. Las alegres risas de acogida de José le hicieron olvidar tal incidente. Si hubiese vuelto la cabeza, habría visto que el hombre alto y seco le espíaba sin tregua.

## VII

**En que el señor Cazalis quiere abrazar  
á su sobrinito**

En los tres años que habían transcurrido desde que nació el hijo de Felipe y Blanca, habían tenido lugar importantes cambios en la existencia del señor Cazalis. No había sido reelegido en las últimas elecciones, y habíase fijado en Marsella. Este fracaso, debido á la impopularidad ocasionada por la causa Cayol, no pareció entristecerle mucho. La verdad, prefería velar por sus asuntos que por los del país; bastantes cuidados tenía para los golpes que le amenazaban sin encargarse de un mandato, que le obligaba á permanecer en París varios meses del año.

Instalóse en su palacio del cours Bonaparte é hizo de modo que le olvidara la ciudad entera.

Dejó de salir en coche, de salpicar á los pacíficos comerciantes; hizo todo lo posible para pasar inadvertido, y logró en algún tiempo llegar á ser un desconocido para la mayoría. Su sueño dorado era asegurar á la mayor brevedad su sosiego, y luego irse á París y derrochar la hacienda de su sobrina.

Conformábase con aquella vida oculta y triste por prudencia. Debía estudiar su posición y buscar la impunidad antes de derrochar los bienes que no le pertenecían.

Estaba poseído de un delirante deseo de satisfacerse des-

de luego, pero aomeñale el miedo. Robar á Blanca era lo de menos, pero no quería que nadie pudiera llamarle ladrón.

Todo estribaba en encontrar al niño y apoderarse de él. Por tres años nada hizo, y Mario se tranquilizó.

El peligro mayor era la vuelta de Felipe. Pero Cazalis deseaba que cometiese la imprudencia de volver sin autorización para hacerle arrestar.

Encargó á un pillo, que le era adicto, llamado Mateo, ir á Italia, seguir los pasos del joven y volver con él en caso que se embarcase. El espía desempeñó fielmente su mandato. En Génova encontró á Felipe y no lo perdió de vista. Cuando éste regresó á Marsella, volvió en el mismo barco pero lo perdió en el desembarque, y lo único que pudo decir fué que Felipe estaba en la ciudad pero ignoraba dónde.

A esta noticia Cazalis experimentó una gran inquietud. Vivió un año entero en continuas zozobras; por más que encargase á Mateo vigilar á Mario, no pudo llegar hasta Felipe, pues los dos hermanos habían convenido entre ellos que renunciarían á verse mientras no fuese otorgado el indulto.

Un día, el señor Cazalis, pasando por el puerto, se reunió á un grupo de gente, que habíase formado en derredor de un herido. Era un cargador del muelle cuyo pie acababa de ser aplastado bajo una enorme caja de mercancías. Aproximándose vió al lado del pobre diablo á un mozo que daba órdenes, cuya voz y cuyos ademanes le causaron una profunda emoción; desde luego reconoció á Felipe.

Corrió á su palacio é hizo llamar á Mateo, al cual dió instrucciones. Debía asegurarse de la identidad del mozo y seguirle por dos ó tres días para conocer los sitios que frecuentaba.

El plan era sencillo y astuto. Se valdría del padre para descubrir y robar al hijo. De esta manera conseguía dos objetos á la vez: hacer prender á su enemigo y apoderarse del heredero de Blanca.

Dos días después Mateo anunció á su dueño que el tal mozo era verdaderamente Felipe Cayol, que todas las noches iba á San Bernabé á casa de un jardinero llamado Ayasse, el cual guardaba á un niño. El exdiputado lo comprendió todo.

—¿A qué hora va ese hombre á San Bernabé?—preguntó á Mateo.

—A las seis de la tarde,—respondió éste,—y allí se queda hasta las ocho ó las nueve.

—¡Buena! Vuelve mañana á las seis: te daré órdenes. Al día siguiente habló un corto rato con Mateo. Después marcharon á San Bernabé, llegando á las siete. Dos gendarmes los acompañaban.

## VIII

## El jardinero Ayasse

Felipe, desde que se ocultaba en Marsella, llevaba una vida monótona; su única alegría era ir, cada noche, á abrazar á su hijo á San Bernabé. Mario, por prudencia, le había suplicado que esperase el indulto para hacer tales visitas, pues más hubiese valido que el padre y el hijo estuviesen separados, hasta el día en que pudieran verse sin correr el riesgo de comprometerse mutuamente. Tuvo, sin embargo, que ceder á los ruegos de su hermano; para tranquilizarse, pensaba que el señor Cazalis ignoraba la presencia de Felipe y del niño en Marsella.

El fingido mozo de almacén, el cual no veía á nadie, ni á Mario siquiera, iba pues cada día al anochecer á casa de Ayasse, y allí disfrutaba las pocas horas felices de su vida. Comunmente, así que llegaba, el jardinero y su mujer aprovechaban su presencia para ausentarse, llevando á Marsella las legumbres y frutas que cosechaban. Quedaba solo Felipe en la habitación, corría los cerrojos y jugaba con José como un verdadero niño. Una calma profunda producíase en su corazón, olvidaba el pasado y el presente, soñando un porvenir de felicidad. Encerrado en aquella vieja y tranquila morada, no recordaba que estaba expuesto á que un gendarme le sujetase las manos con esposas y le llevase á la ciudad; se imaginaba ser un labrador, un hombre que, después de haber cultivado la tierra todo el día, al llegar la noche descansaba. Aquellas horas ser-

nas le daban nuevas fuerzas y calmaban las tristes ideas que á veces le asaltaban.

La noche en que Cazalis, Mateo y los dos gendarmes iban á San Bernabé, Felipe, como de costumbre, había llegado á las seis. El jardinero y su mujer le esperaban para conducir á Marsella una carreta de uvas. Así que hubieron salido, Felipe se encerró. José no tenía ganas de jugar; había corrido todo el día por la viña, y dormía profundamente, acostado en un viejo canapé. Felipe, andaba de puntillas y acabó por sentarse, contemplando al niño.

De improviso llamaron á la puerta. Felipe estaba resuelto á no abrir, pero oyó una voz de mujer, que balbuceaba con espanto:

—¡Abrid, abrid pronto, por el amor de Dios!

Le pareció conocer la voz y descorrió los cerrojos.

Josefina entró jadeante, volviendo á cerrar en seguida.

—¿Qué sucede?—preguntó Felipe.

Josefina respondió:

—Ahí están, los he visto en el camino y eché á correr á campo traviesa para llegar antes que ellos.

—¿De quién habláis?

—Es verdad que no lo sabéis... He venido para deciros que esta noche han de prenderos.

—¡Prendermel!

—Por la tarde Mario ha sabido, por una casualidad providencial, que el señor Cazalis requirió á dos gendarmes para efectuar un arresto en San Bernabé.

—Siempre aquel hombre.

—Mario, que ha vuelto á casa como un loco, me encargó acudir aquí; tomar el niño y obligaros á escapar.

Felipe dió un paso hacia la puerta.

—Es demasiado tarde; no he llegado á tiempo,—exclamó la joven desesperada.

Felipe daba vueltas por la sala, buscando una salida. Por fin, dijo:

—Prefiero arriesgarlo todo. ¡Venga el niño!

Inclinábase para coger á José, pero la ramilleteira le detuvo con ademán enérgico, invitándole á callar y escuchar.

Sonaron pasos, llamaron con la culata del fusil y una voz ruda gritó:

—¡Abrid, en nombre de la ley!

—¡Todo está perdido!—murmuró Felipe.  
 —No abrís,—dijo Josefina en voz baja.—Mario me ha recomendado, en el caso de que no pudierais huir, poner trabas al arresto, para ganar tiempo.  
 —¿Por qué no ha venido él mismo?  
 —No sé; se ha marchado corriendo, mientras yo subía al coche para venir aquí.

En aquel momento llamaron con mayor violencia... y otra vez resonó el grito aterrador.

—¡Abrid, en nombre de la ley!

Josefina volvió á recomendar un silencio absoluto.

Habían transcurrido cinco minutos desde que los gendarmes llamaban y gritaban. Uno de ellos acabó por declarar á Cazalis que la casa parecía desocupada y que no tenían poderes para derribar la puerta.

—Si estuviésemos seguros de que él está,—añadió,—haríamos saltar la cerradura, pero no podemos arriesgarnos á hacerlo inútilmente.

—Allí está,—gritó Mateo;—le he visto entrar.

—Cargo con la responsabilidad,—dijo Cazalis.

Sacudieron la cabeza los gendarmes, no ignorando que sólo ellos serían castigados si violaban un domicilio.

El exdiputado desesperábase, viéndoles vacilar y casi decididos á abandonar la empresa, cuando oyeron ruido en el interior de la casa.

José se había despertado, y asustado por la obscuridad y las voces que oía, se puso á llorar. Josefina no lograba acallarle: el hijo entregaba al padre.

Volvieron á llamar los gendarmes, gritando:

—Si no abrís, echaremos la puerta abajo.

Felipe entonces encendió la lámpara, dió un beso al niño y se dirigió á la puerta.

—¿Vais á abrir?—preguntó Josefina angustiada.

—Sí,—respondió;—la fuga es ya imposible.

—¡Esperad, esperad! Ganemos tiempo.

—¿Para qué? Todo está perdido.

—No: en Mario confío. Me recomendó poner trabas al arresto: de ello depende la salvación.

—Caro tendré que pagar cada minuto de resistencia.

—¿Y José? ¿se lo llevarán?

—Razón tenéis. Todo lo comprendo. Han venido para robarme á mi hijo.

En aquel momento dieron un golpe tan violento, que la puerta crujió.

Entonces dijo Felipe:

—Tomad el niño, subid al granero y ocultáos lo mejor posible. Yo ya me arreglaré para dar largas á las formalidades de mi arresto y dejar tiempo á mi hermano de acudir en nuestro socorro.

—¿Y si os prenden en seguida, quedando yo aquí con el niño, sin defensa alguna?

—Entonces será la voluntad del cielo, la que habrá decretado nuestra pérdida... Aquí no hay que discurrir, pues no tenemos más que un camino. ¿Lo oís? cruje la puerta... ¡Por amor de Dios, subid aprisa, ocultáos bien!

Empujó á Josefina hacia la escalera; luego, cuando hubo desaparecido en la sombra, fué á recorrer los cerrojos.

## El indult

Antes de abrir, Felipe apagó la lámpara.

Los gendarmes, que iban á lanzarse dentro de la casa, se detuvieron en el umbral, temiendo que la obscuridad escondiera alguna asechanza. Tal vez habían abierto ante sus pasos una trampa, que daba á la bodega, tal vez los acometerían tan pronto como hubiesen entrado. El negro abismo les asustaba.

—Sería preciso traer luz,—murmuró uno de ellos.—No podemos buscar y encontrar á un hombre en medio de esas tinieblas.

El otro dijo:

—No tengo cerillas.

Desesperábase Cazalis: no había previsto aquel obstáculo. Las tinieblas, como una muralla impenetrable, le separaban aún de Felipe.

—¿Tenéis miedo?—gritó.

Y, en un arrebato de cólera, empujó á los gendarmes, que así dieron dos ó tres pasos en la sala.

Felipe, que se había colocado contra el muro de la entrada, dió algunos pasos y se lanzó fuera, después de haber derribado casi á Mateo.

Este vociferó:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡alguien se escapa!

Volviéronse rápidamente los gendarmes. El joven se ha-

bía detenido delante de la casa, á algunos metros de distancia. Hubiera podido huir, pero no pensaba más que en el niño. Si había apagado la luz, si había fingido huir, fué sólo para ganar tiempo. Con los brazos cruzados y tono desdeñoso, dijo:

—¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me habéis obligado á abrir esa puerta?

Lanzáronse sobre él los dos gendarmes, cogiéndole por las muñecas.

—Soltadme,—dijo con energía.—Veis como me entrego voluntariamente. Ya estaría lejos si hubiese querido fuggarme... ¡Hablad! ¿qué queréis?

—Tenemos orden de arrestaros.

—Iré con vosotros tan pronto como me hayáis enseñado el mandamiento de prisión. Entremos.

Volvió á la sala, fingiendo que no veía ni á Mateo ni á Cazalis. Una vez encendida la lámpara, presentándose el exdiputado y su corchete, volvióse á los gendarmes y dijo en son de mofa:

—¿Pertenece á la policía esos señores?

El hidalgo creyó recibir un latigazo, y gritó enfurecido:

—¿Qué decís? Poned una mordaza á ese canalla, atadle. Te encuentro por fin, bellaco, y esta vez no te escaparás.

Felipe lefa despacio el mandamiento, buscando algún medio para aplazar aún su ejecución.

Mateo había desaparecido. Encendió una larga cerilla enroscada, que llevaba, y subió cautelosamente la escalera. Iba á cumplir las órdenes de Cazalis, el cual le había prometido una crecida recompensa si robaba á José en medio de la confusión que debía producir el arresto de Felipe.

No encontrando al niño en el piso, subió al granero.

La puerta estaba cerrada sólo con picaporte. La empujó Mateo y dió algunos pasos en la paja; levantaba la cerilla y miraba á los rincones desde lejos, pues no se atrevía á aproximarse demasiado temiendo pegar fuego á la paja. Nada descubrió.

Volvió al piso y registró minuciosamente, abriendo los muebles, levantando las cortinas, y no encontró nada.

—Debe de estar en el granero;—reflexionaba Mateo,—habré buscado mal.

Subió nuevamente, y colocó la cerilla encima de una regadera, para evitar el peligro de incendiar la casa.

Púsose á registrar entre la paja. La cerilla despedía una luz amarilla y dudosa, que le alumbraba mal en sus pesquisas. Llegando al fondo del granero, detúvose escuchando; había oído una respiración oprimida, que procedía de una especie de esconce formado por unos haces de heno, amontonados á alguna distancia del muro. De allí salió de improviso Josefina con José en los brazos. El niño había vuelto á dormirse.

Mateo, pasado el primer momento de estupor, encontrando á una mujer desconocida, iba á lanzarse sobre ella y á arrancarla el niño.

En aquel momento de peligro inminente, un ruido que iba siempre aumentando, subió desde la sala donde Felipe se encontraba todavía, y una voz muy querida y conocida gritó:

—¡El indulto! ¡El indulto!

Irguióse Josefina y dijo:

—¿Lo oís? El cielo ha llegado en nuestro socorro. Para vos, canalla, han traído las esposas los gendarmes.

Aterrado Mateo, ya no pensó más que en poner tierra por medio.

Felipe entretanto, para ganar tiempo, había dicho á los gendarmes que no tenía inconveniente en irse con ellos, pero que antes era preciso dejar algunas líneas al jardinero Ayasse, para explicar su ausencia.

Los gendarmes consintieron. Después ordenaron que ya era preciso marchar.

Cazalis gozaba insultando á su víctima.

Un gendarme puso las esposas á Cayol.

Resonó un grito de alegría cerca de la casa, y un hombre entró como un torbellino, clamando:

—¡El indulto! ¡El indulto!

Era Mario, el cual, como no encontró ningún coche, llegaba de Marsella corriendo. Sacó un pliego del bolsillo y lo presentó á los gendarmes. En él anunciábase el perdón otorgado por el rey á Felipe. Un mes hacía que se lo estaban prometiendo á su hermano, y quiso una feliz ca-

sualidad que llegara en la misma hora en que Cazalis empleaba su influencia para acabar de perder á Cayol.

Mario no acudió en seguida á San Bernabé porque quiso ver si el perdón había por fin llegado.

Se enteraron los gendarmes y se inclinaron. Su misión había concluido; quitaron en seguida las esposas á Felipe, felicitándole y ofreciéndole sus excusas.

Cazalis les miró alejarse con rabia diabólica.

Mario estrechaba á Felipe entre sus brazos, gritando:

—¡Alabado sea Dios! he llegado á tiempo. ¡Estás libre!

Felipe quedó un momento inmóvil, conmovido, no atreviéndose á creer lo que oía. Luego lanzóse á la escalera. Se acordó del hombre que había visto subir para robarle á su hijo.

Mateo le oyó. Espantado, comprendiendo que un gran peligro le amenazaba, buscó con la mirada una salida. Delante de la ventana del granero colgaba una cuerda de una garrucha. Cogió la cuerda, con riesgo de caer y se deslizó. Bajó casi encima de la cabeza de Cazalis, que se retiraba, vomitando injurias, con el corazón lleno de furor. El exdiputado, viendo á Mateo sin el niño, estuvo á punto de pegarle. Había fracasado completamente, no había cogido ni al padre ni al hijo.

Josefina, salvada de las garras de Mateo, volvió á bajar con Felipe á la sala del piso inferior. Allí los dos hermanos y la joven besaron á José locos de contento.

—Ahora somos fuertes,—exclamó Mario.—Ya no pesa sobre nosotros una infame condena, podemos trabajar abiertamente para la dicha de este niño.

## X

Febrero 1848

Al día siguiente al despertarse, los dos hermanos experimentaron una viva alegría encontrándose juntos, libres ya de todo temor. La víspera se habían llevado á José, después de haber recompensado al jardinero Ayasse y haberle dado calurosas gracias.

Felipe y su hijo durmieron en el reducido cuarto del joven matrimonio. Por la noche, Mario, aun agitado, no pudo descansar y meditó el plan de una nueva vida.

Reunida la familia en derredor de la mesa en que Josefina acababa de colocar el desayuno, decidióse á exponer sus proyectos.

—Vamos á ver,—dijo,—hablemos de cosas serias. Trátase de saber lo que haremos con este niño y lo que hará el mismo Felipe.

Felipe se puso grave y atento. Con frecuencia había pensado en la vida que llevaría cuando le fuera dable vivir sin ocultarse; comprendía que debía trabajar para su hijo, renunciando á sus locas y ambiciosas aspiraciones.

—El niño,—prosiguió Mario, mirando á Josefina,—fácilmente encontrará una madre.

—Ya está encontrada,—exclamó la ramilletera.—A mí me fué confiado y conmigo quedará siempre.

—Está colocado el niño, y me encargo de colocar al padre,—dijo Mario riendo.—Pero tú, Felipe, has de decir qué proyectos has formado.

—Trabajar.

—¿Consientes, pues, en ser un pobre diablo como yo?

—Cierto que sí.

—Te conviene pues un modesto empleo, que te dará para vivir sin depender de nadie.

—Todo lo acepto de antemano.

—¡Bueno! En seguida voy á instalarte en los despachos de mi principal. Hace seis meses que guardo para ti una colocación de mil ochocientos francos.

Los dos hermanos se dirigieron á casa del armador, el cual acogió muy bien á Felipe y declaró que estaba satisfecho de poder serle útil empleándole en su casa.

Mario encargó á Felipe parte de la correspondencia, que era importante.

Josefina alquiló una habitación en el cuarto piso, y la arregló para Felipe, el cual comía con el matrimonio y disfrutaba sin zozobra la felicidad de pasar horas enteras con su hijo.

La única nube que empañaba la serenidad de Felipe era el recuerdo de Cazalis. Una noche dijo á Mario:

—Somos cobardes. Yo debería ir á abofetear á ese hombre y reclamar de él la hacienda de mi hijo.

—¡Valiente medio!—respondió;—te haría encarcelar; he aquí todo.

—Pero si es un ladrón. Guarda un dinero que no es suyo, tal vez lo está derrochando.

—No cometas más locuras, hermano.

—¿Quieres que renuncie á la herencia de mi hijo?

—Contentémonos con defendernos: si atacamos, quedaremos derrotados al primer choque. Y luego un escándalo mataría á Blanca.

Llegaron los primeros días de Febrero, y Felipe empezó á ausentarse de la oficina durante muchas horas.

Mario siguió á su hermano para ver á donde iba, y llegó á saber que era miembro de una sociedad secreta que, bajo el impulso de París, trabajaba activamente para la propaganda de las ideas republicanas. Habló á su hermano, suplicándole que no se comprometiera.

—Escuchad,—replicó Felipe;—ha llegado la hora del pueblo: yo también trabajaré en favor de la justicia. Yo no tendré ya más que una querida: la libertad

El viernes 25 de Febrero, un rayo estalló sobre Marsella; la proclamación de la República en París.

Tal noticia consternó á la ciudad. Aquel pueblo de comerciantes era enteramente adicto á la dinastía de los Orleans, los cuales, durante dieciocho años, habían favorecido el amplio desarrollo del comercio y de la industria.

Engañábase mucho Felipe al creer que podría sembrar las ideas republicanas entre sus conciudadanos.

No había pues en Marsella verdadero partido republicano: los pocos que por todas partes soltaban frases retumbantes, no se hacían cargo del espíritu moderno de las sociedades; eran charlatanes que buscaban el medio de brillar en el nuevo estado de cosas.

Frente á estos elementos republicanos, débiles y discordes, se encontraban dos campos poderosos: los legitimistas, satisfechos por la caída de Luis Felipe, y los conservadores, la multitud de los comerciantes, que reclamaban la paz á todo trance. Estos últimos no aspiraban más que á una libertad: la libertad de ganar millones.

Había momentos en que Felipe desconfiaba. Por algún tiempo acudió á la prensa para la propaganda, pero no tardó en comprender que sus calurosos sueltos no eran leídos, que su entusiasmo no producía impresión alguna; juzgó pues que más valía obrar que escribir.

Lo que peor le supo fué la creación de la guardia de ciudadanos, evidentemente destinada á refrenar al pueblo. La guardia nacional estaba únicamente formada de gente rica, y Felipe hubiese querido que se admitieran también á los pobres, para que la ciudad fuese confiada á una tropa liberal.

Aquello fué preparar una guerra civil.

Únicamente la corporación de los cargadores fué admitida y armada, porque sus miembros, vendidos de alguna manera á los comerciantes que les empleaban, consentirían en combatir á los demás trabajadores.

Felipe rehusó enérgicamente formar parte de la guardia nacional.

—Con el pueblo me quedo,—dijo en la plaza pública.—no respetasen sus derechos, le aconsejaré armarse combatiré con él.

Desde el viernes 25 al martes 29, Marsella no proclamó la república. Las autoridades quedaron en su puesto, le

ciudad entera estaba ansiosa y malhumorada. El gobernador y el alcalde afirmaban que carecían de noticias de París. Comprendiendo el peligro que había en dejar el poder entre las manos de los antiguos servidores del rey, los republicanos hicieron varias manifestaciones, las cuales no tuvieron resultado alguno. Ya empezaba la reacción, los conservadores no querían abandonar su sitio antes de estar muy seguros de que todo estaba perdido. Al anochecer del lunes, los obreros, reunidos en la Cannebière, debían dirigirse, en masa, con hachas encendidas y una bandera á la cabeza, á las Casas Consistoriales, para alcanzar la promesa formal de que el nuevo gobierno sería públicamente proclamado á la mañana siguiente.

En aquellos cinco días de angustia continua, Felipe estuvo calenturiento. Ya no iba á su oficina, volvía tarde á casa, agitado por las violentas emociones del día. Traía por la noche al joven matrimonio, triste y desolado, palabras de cólera y de amenaza. Josefina y Mario le miraban con desesperación, comprendiendo que se perdía, no pudiendo detenerle en la orilla del abismo.

## XI

## En que Mateo se vuelve republicano

El día después de la expedición á la casa del jardinero ayasse, Cazalis, cuya cólera se habia calmado, fué acometido por un verdadero espanto. Sentíase en poder de sus enemigos: ahora que Felipe tenía el indulto, los Cayol iban sin duda á perseguirle sin piedad.

Demostró sus temores en presencia de Mateo, y no sabiendo sobre quién descargar la rabia que le causaba su impotencia, le llenó de injurias y le dijo que no había robado á José porque estaba vendido á Mario.

Mateo se encogió filosóficamente de hombros, y dijo con desvergüenza:

—Vamos, continuad, si esto puede aliviarnos: en el fondo sabéis que os soy adicto, pues me pagáis mejor de lo que pudieran hacer los descamisados Cayol... En lugar de arrebatarnos, más cuerdo sería discurrir y pensar en el remedio.

La sangre fría de aquel pillo calmó á Cazalis: confesó á su cómplice que tenía ganas de huir á Italia ó Inglaterra, pues no irían por cierto á reclamarle cuentas de su tutela al extranjero.

No le convenía á Mateo aquel proyecto, más necesitaba ganar, especulando con el miedo de Cazalis. Replicó, pues, con calor.

—¿Por qué huir? ¿ya no queréis vengaros? Vuestros

enemigos nunca se atreverán á atacaros de frente. Yo, en vuestro lugar, volvería á tomar la ofensiva. Aquellos imbéciles cometerán alguna falta; todo lo aprovecharemos, llegará el momento en que les tendremos otra vez en nuestras garras.

Tanto supo decir aquel pillo que acabó por persuadir á Cazalis á quedarse y continuar la lucha.

Antes de todo, Cazalis mandó á Mateo que fuese á ver á Blanca, para que firmase varios papeles, que despojaban á su hijo de gran parte de la herencia.

El mensajero partió, decidido á no hacer firmar nada. Obró de manera que Blanca rehusó con tesón la firma pedida.

Sulfuróse Cazalis al saberlo, y no pensó más que en vengarse.

Mateo alcanzó de él plenos poderes, le suplicó no mezclarse en nada para no comprometerse. Cada noche le refería, con más ó menos verdad, lo que hacían sus enemigos, prometiendo siempre una pronta victoria.

Cazalis empezaba á impacientarse, porque en dos meses nada notable había sucedido, cuando una noche se le presentó Mateo con aire de triunfador.

—¿Qué hay de nuevo?—preguntó Cazalis.

—Poca cosa: han proclamado la república.

—Nada de bromas.

—No son bromas: uno de estos días haremos tal vez barricadas. Yo soy miembro del Club de los Trabajadores.

—¿Y á mí qué me importa todo eso?

—Olvidábase referiros otra novedad: el señor Felipe Cayol es mi colega en el mismo Club.

—¿Por fin!

—Sí, el señor Felipe es, puede decirse, un corifeo republicano. Si la patria necesita ser salvada, ese joven la salvará.

—¿Qué necio! ¿Ha intervenido en el movimiento liberal?

—Los obreros le adoran.

—Se compromete: ¡es nuestro!

—Yo no le perdí de vista: como él, me hice miembro de una sociedad secreta, con él entré en el Club de los Trabajadores.

—Comprendo, comprendo. ¡Gracias, Mateo! Yo te haré rico.

—Confío llevarte á cometer alguna extravagancia, y cara ha de pagarla.

—¿No te ha reconocido?

—No; una sola vez me ha visto en San Bernabé. Además, ahora llevo peluca rubia.

—¿Y si llevara la victoria el partido liberal?

—¿Creeis tal vez que aquí, en Marsella, quieren la república? En esta ciudad los liberales quedarán siempre derrotados.

Recordó el exdiputado las maniobras de su elección, y no pudo disimular una sonrisa. Tenía razón su acólito; donde reina el dinero, no medran las ideas republicanas.

—No necesito, — prosiguió Mateo, — exponeros todo mi plan. Perded cuidado; os entregaré al padre y al hijo.

Empezaremos otra vez la expedición de San Bernabé, pero de manera más inteligente.

Y mientras Cazalis volvía á darle las gracias, prosiguió con tono brutal:

—Supongo que no me haréis prender como á los otros republicanos, para quitaros un estorbo de encima, pero como yo me comprometo, exijo garantías. Escribidme una carta, en la que me encargaréis vigilar á Felipe Cayol. De este modo, seréis mi cómplice. Os devolveré esa carta contra una cantidad, que fijaremos como retribución de mis servicios.

En todo consintió Cazalis: no podía rehusar. Además, estaba seguro de sujetar siempre á Mateo por medio del dinero. Este le recomendó quedarse tranquilamente en su palacio. Quería obrar solo.

## XII

## La república en Marsella

La república por fin fué solemnemente proclamada el martes, 29 de Febrero, en la Cannebière, una mañana sombría y lluviosa. En el momento en que las antiguas autoridades disponían sus poderes, el comisario provisional que París enviaba á Marsella, bajaba la calle de Aix en coche de posta. Una extraña casualidad colocó así frente á frente, durante el desfile de la tropa y de la guardia nacional, á los representantes del regio poder caído y á los de la joven república.

Solemne y grande fué aquel día para Felipe. Estaban realizadas sus más ardientes esperanzas. Temió un instante que á la madrugada sucediera una regencia. La lentitud del gobernador y del alcalde en reconocer la revolución, le hacían sospechar que la lucha, en París, no había sido decisiva. Ganaban tiempo, operaban sin duda una reacción que no se produjo. Cuando oyó proclamar públicamente el nuevo gobierno, imaginó que el pueblo acababa de obtener una victoria suprema, creyó de todas veras que la hora de la gran causa democrática había llegado.

No tardó en desengañarse: los conservadores, los mismos legitimistas, quedaron dueños de Marsella.

Las elecciones debían tener lugar el 23 de Abril.

Felipe se había encargado de sondear á ciertos hombres que los republicanos querían elegir por sus representantes; entre ellos Martelly,

Una mañana le pidió un instante de audiencia, y el armador accedió inmediatamente.

Después de algunas frases insignificantes, Felipe dijo:

—Hace tiempo que no os veo en el Club de los Trabajadores. ¿Sois miembro del Club?

—Sí, pero voy allí raras veces; no creo que tales reuniones favorezcan mucho los planes del liberalismo.

—Todos sienten vuestra ausencia. Los hombres como vos, son preciosos. Estamos dispuestos á apoyar vuestra candidatura.

—Amigo, seguro estoy de que no sería elegido. No dudaréis de mis convicciones, pero aquí es inútil sacrificarse.

Marsella dista mucho de ser republicana; yo pensé ir á París y ofrecer mis servicios al nuevo gobierno.

Aquí nada haré, y os aconsejo abandonar la empresa.

Creedme, corréis á vuestra ruina.

—¿Estáis seguro de que triunfará la reacción?

—Sí. Si las ciudades de provincia se parecen todas á Marsella, á lo más la república durará dos ó tres años, y luego tendremos un dictador.

—Tal vez tengáis razón... ¿Rehusáis, pues?

—Eso no... si el pueblo cree necesitarne, acudiré al llamamiento, suceda lo que suceda.

—En tal caso, todo irá bien. Desde hoy, vuestro nombre estará en las listas preparatorias, y por cierto saldréis elegido.

—La libertad está enferma, hijo mío. Se me ocurre que asistiremos á su entierro.

—Si la matan, nosotros mataremos á sus asesinos. Será la guerra civil; las barricadas, sangre, muertes.

—¡Nada de violencias! No es lícito derramar sangre en nombre de la fraternidad.

Martelly fué profeta: no tuvo lugar su elección y además había vencido el partido reaccionario. De diez diputados elegidos, siete eran conservadores ó legitimistas, y sólo tres republicanos.

Pasaron dos meses, y llegó el de Junio.

Un día Mario encontró á Sauvairé en la Cannebière, vestido con el uniforme de capitán de la guardia nacional, del cual se envanecía mucho, aunque le molestara algún tanto, sobre todo la espada.

—¡He aquí mi joven amigo!—exclamó.

Mario le estrechó la mano sin responder, y Sauvairé le cogió por el brazo y púsose á pasear con él muy ufano por su traje militar y, sobre todo, por sus charreteras. Prosiguió diciendo:

—¿Qué os parece? ¿Os asombráis de que yo haya entrado en la guardia nacional? ¿Qué queréis? En estos tiempos difíciles, los buenos ciudadanos tienen deberes que cumplir.

—Efectivamente, son tiempos difíciles.

—¿Qué os parece mi uniforme? Mucho dinero han costado las charreteras.

—Estáis muy bien. ¿Y cuáles son vuestras opiniones?

—Creo que la república sea una cosa muy buena, pero ha de haber orden. Para mantener el orden fué creada la guardia nacional. A propósito... Decid á vuestro hermano que se está comprometiendo con esa multitud de descamisados, que le siguen por todas partes.

Si puedo seros útil en cualquier sarracina, estoy á vuestra disposición, ¿comprendéis?

Mario le dió las gracias, y se separaron.

Por la noche, el joven habló á Josefina y á su hermano del encuentro: les hizo reír, describiendo el continente triunfador del antiguo maestro.

Pero Felipe acabó por enojarse.

—¡Y á tales hombres está confiado el sosiego, la paz de la ciudad!—exclamó.—Esos señores llevan bonitos trajes y hacen papel de soldados. ¡Cuidado! tal vez se vean obligados á tomar el juego en serio. El pueblo esá cansado de su vanidosa necedad.

—¡Calla!—dijo severamente Mario.—Aquellos hombres pueden parecer ridículos, pero matar á sus paisanos es un gran crimen.

Levantóse Felipe y dijo con mayor violencia.

—No son franceses tales muñecos. Los obreros, los trabajadores, consituyen la patria... el estado llano tiene armas, el pueblo no las tiene. El pueblo es custodiado á mano armada, como una fiera. Algún día la fiera enseñará los colmillos y devorará á sus guardas. He aquí todo.

Y subió apresuradamente á su habitación.